

XII Certamen Cartas de Amor Villa de Mijas (2007)

Primer Premio: “Carta a un Maltratador”
de Manuel Luque Tapia

Carta a un maltratador

Querido Manuel.

Te echo de menos, no puedo evitarlo. Sé que no debería, es más, estoy segura de que nadie que conozca nuestra historia entendería el porqué de este absurdo sentimiento. Quizás sea por lo del dichoso grado de dependencia que mi psicólogo no se cansa de mencionar, y con el que explica el sentimiento de fracaso que atenaza mi vida.

Lo cierto es que no puedo dejar de revivir el contacto de tus pesadas y anchas manos sobre mi cuerpo nada más llegar a casa, de las huellas que con tanta frecuencia dejaban grabadas en toda la piel de este destrozado cuerpo mío. Pero sobre todo tenías predilección por mi cara, no sé por qué. Recuerdo también como solías burlarte de mis lágrimas acusándome de blandengue. Sin embargo, has de saber que estabas equivocado. Sí, lloraba, pero no era el dolor físico lo que causaba mi llanto, tan intenso a veces que incluso me cortaba la respiración, ya que al dolor físico uno se acostumbra a soportarlo. No, no era por eso, lloraba sobre todo, de desilusión, de desesperanza, de cobardía y de pena, al pensar que este hijo nuestro en ciernes que llevo en mi vientre, antes o después, acabaría pagando las consecuencias de todo, mientras yo trataba de ocultar la evidencia con mentiras para mantener intacta, a toda costa, tu honorabilidad.

Sí, por más que lo intento, o eso creo, no puedo dejar de extrañarte. Cuando se acerca la hora en que solías llegar me pongo tan agitada y nerviosa que no sé qué hacer. Como te he dicho antes, extraño tus manos de acero sobre mis hombros, aunque sólo fuera para zarandearme como un huracán por cualquier motivo sin importancia, como que me hubiese puesto una ropa demasiado atrevida - según tú -, o con un color que no fuese de tu agrado, o que no te hubiera planchado los pantalones como tú decías que te gustaba, aunque temo que nunca sabré cómo hacerlo. Entonces, extraño tu voz para vilipendiar y rebajarme hasta anularme. Incluso echo en falta tus miradas, esas miradas que hablaban por sí solas como latigazos nacidos de las cuevas de tus profundos ojos negros como frías tumbas, como aquella que me dedicaste nada más verme el día que se me ocurrió teñirme el pelo para ocultar las canas que iban apareciendo. Aquel día, mientras me llamabas "puya" cientos de veces, me agarraste del pelo con las dos manos y me arrastraste por el suelo hasta que conseguiste arrancarme de cuajo sendos manojos. y todo porque tus celos consideraron que tal vez era para otro para quien me ponía guapa.

¿Y tú? ¿Me echas de menos? Seguramente como yo a ti o incluso más, pues ahí no tienes un cuerpo al que zarandear, un cuerpo donde embarrancar toda la ira que te ahoga. Yo sé que no valgo nada, lo sé, siempre me lo dices, "inútil" me llamas, y creo que debes tener razón porque desde que te marchaste no me atrevo ni a asomarme a la puerta de la calle. Mi psicólogo se empeña en convencerme de que lo que ocurre es que se ha apoderado de mí un sentimiento de nulidad, así es como el lo llama, de modo que uno de los ejercicios que me obliga a realizar diariamente consiste en repetir mi nombre varias decenas de veces: "Me llamo Ana, me llamo, Ana...". Parece una tontería, pero él dice que es para ir recuperando la autoestima, aunque hay días, la mayoría, que solo quiero estar en el sofá y no hablar con nadie, así que menos repetir mi nombre.

Supongo que te preguntaras como soy capaz de arreglármelas sin ti. Aún recuerdo las palabras que me dijiste, hace ahora casi un año, un día que, encontrándome ya casi al límite de mis fuerzas, me atreví a insinuar que si seguías así no iba a tener mas remedio que abandonarte - atrevimiento que como recordaras, o a lo mejor no, casi me cuesta la vida-: ¿Acaso has visto que una perra pueda sobrevivir mucho tiempo lejos de su amo? ¡Maldita ilusa! ¿Tu sabes lo que es una mujer sin un hombre a quien servir, sin un hombre que la proteja?", me dijiste, legitimando cada palabra que decías con tu cinto sobre mi cuerpo. Y mientras me retorció, notaba como se te llenaba la boca de la palabra "hombre" cada vez que la pronunciabas.

Nunca olvidaré aquel día, fue el detonante. Temí por la vida de mi hijo no nacido, no por la mía, y como debes comprender eso no podía consentirlo. Con él en mis entrañas, no. Y tuve que gritar, fue la primera vez que grité así, con tanta fuerza, con tanto dolor, con tanta cólera. Fue cuando los vecinos avisaron a la policía y te detuvieron. Espero que me perdones por gritar y por lo del psicólogo, pero sobre todo espero que me perdones porque esta carta no es para ti. Ha sido él, Don Carlos, quien me ha dicho que haga como que te escribo una carta y que se la lleve la próxima sesión.

Y ya para despedirme —aunque don Carlos se obstina en que debo ir borrando tu presencia de mi vida, que todo ha sido como un mal sueño, que tú estás preso y que jamás volverás a acercarte a mí—, me gustaría decirte hasta nunca pero en el fondo sigo igual que antes, pendiente de la puerta, esperando tu llegada temblando de miedo, porque, muy a mi pesar, no puedo evitarlo.

Ana